

REVOLUCION DEL 68: VEINTE AÑOS

POR

JORGE USCATESCU

Es difícil buscar la fórmula más adecuada para celebrar los veinte años de una «revolución» que tuvo en su día, y después, un amplio eco, y cuyos protagonistas de uno u otro lugar de Occidente y Oriente son ahora ministros en sus respectivos gobiernos o, por lo menos —y esto último no los menos afortunados—, parlamentarios europeos. Todo ello para recordar la famosa frase de Mirabeau en vísperas de la celebración de otra revolución, ella sin duda alguna importante, la Revolución francesa del 89: «un jacobino ministro no es un ministro jacobino».

Con esta consideración preliminar, al recordar la clamorosa efemérides, nuestra pluma se desliza hacia un modo de evocación algo distinto. Un modo que, en su día, reconozcámoslo, no compartimos, aunque, estando en París en los días del famoso mayo francés, nos extrañó la «fuga» de De Gaulle a Alemania, sin duda asustado, para pedir ayuda a Massu. Ayuda que llegó junto con la de Waldeck-Rochet, a quien en el desfile «oceánico» de los Campos Elíseos, Cohn Bendit había llamado «crapulle stalinienne». Lo que hizo que, «antiguos de Argelia» y comunistas se pusieran, en aquella ocasión, al lado del general.

Pero volvamos al punto de vista «distinto». De ello nos percatamos a fines del 69. Quisimos evocar el hecho hace pocos meses, al conmemorar en Génova al filósofo italiano Michele Federico Sciacca. En efecto, la Navidad de 1969 nos traía, acompañados por dos afectuosas dedicatorias festivas, dos libros de Sciacca que conservan aún su frescura y actualidad: «La chiesa e la civiltà moderna» y «Gli arieti contro la verticale». Toda la «intelligentzia» europea de aquel año se sentía profundamente, escandalosamente, preocupada por la rebelión universitaria del año precedente. No solamente Marcuse, profeta efímero de aquella gente joven, sino hombres de Estado como De Gaulle o es-

critores como Malraux, artistas como Jean-Louis Barrault, protagonista del famoso episodio del «Odeón», o filósofos como Ugo Spirito, Foucault o Deleuze, todos quisieron «leer» algo en aquel acontecimiento. Nada de todo esto en los dos agudísimos y actualísimos libros de Sciacca. Yo mismo, que al tema había consagrado en 1968 un libro de cierto éxito, «Proceso al humanismo», busqué en los libros de Sciacca un punto de vista suyo sobre aquel hecho y no lo encontré. Ninguna alusión. Sabiendo con cuánto interés Sciacca iba al encuentro de la actualidad, conociendo su espíritu polémico frente a aquella actualidad, aquella ausencia me pareció significativa, dada la autoridad que siempre atribuía yo a todo lo que dijera y pensara sobre asuntos de nuestro tiempo el filósofo de Génova, orgulloso de su origen siciliano, *griego* en el más alto sentido del término. Aquel silencio de Sciacca. Aquel silencio decía a todos que aquel fenómeno, al cual algunos conceden todavía cierto valor, no estaba destinado a tener consecuencias importantes.

Al volver a leer ahora, veinte años después, aquellos dos libros de Sciacca llenos de inteligencia penetrante, de vivacidad y de infinitas sugerencias e ideas y pensando que su publicación por Marzorati, el editor fiel de Sciacca, había tenido lugar en plena revuelta de la juventud universitaria europea y en plena, para siempre, inexplicable, «revolución cultural» china provocada por un Mao decrepito, y también en plena «primavera de Praga», su silencio sobre esta materia nos parece todavía más significativo. ¡Cuánta distancia entre actitud, de profunda responsabilidad y distanciamiento, y la actitud mantenida en la misma época por Raymond Aron, sociólogo importante, profeta liberal tantas veces convocado y evocado durante los últimos años, que en la rebelión estudiantil veía la señal indiscutible de la «crise de la civilisation». En 1977, en su libro «Plaidoyer pour une Europe décadente», Aron volvía al mismo tiempo con interés y desdén a la «revolución estudiantil de 1968», mientras otro escritor político francés, mucho más joven que Aron, más que ello, integrado antes en la Sorbona del 68, hablaba ni más ni menos que de una «Europa difunta».

Grande fue la distancia de Sciacca de aquel espectacular proceso, implícitamente considerado por él como un fenómeno de superficie. En efecto, los rebeldes de aquella hora serían en buena parte los tecnócratas de hoy. Nada de «la imaginación al poder» o de «seamos realistas: exijamos lo imposible». Los negadores sorbonianos de la democracia, combatientes del nihilismo y émulos de la Comuna, serían los defensores del voto y de la democracia comunitaria y tecnocrática de hoy, animada por ímpetus triunfalistas. Entonces Sciacca no buscaba signos de crisis en el mayo parisiense. El discípulo moderno de San Agustín buscaba, agustinianamente, los problemas de la cultura europea en crisis en los dominios profundos de la interioridad. El tiempo y el recuerdo han podido demostrar que su reflexión, fuera de aquel contexto pasajero y desorbitado, era certera y permanente.

La revolución del 68 fue, en efecto, espectacular: Pareció conmover los cimientos de una sociedad asentada sobre los valores de la técnica, del consumo y de la disuasión, pero no fue así. La crisis económica de los años 70 nada tiene que ver con ella y jóvenes que a ella pertenecieron, asimilados plenamente a la tecnocracia, contribuyeron a superarla. Aquellos pocos días de mayo parecieron conmover al mundo, pero en realidad no lo conmovieron. Los problemas del hombre y de la cultura, la misma idea de Europa que sigue en marcha hacia su necesaria unidad, corresponden a esquemas distintos de los que entonces se trazaron con indiscutible resonancia. La sangrienta Comuna de París, un siglo antes, había servido de imagen a los jóvenes universitarios que movilizaron grandes masas en el mayo del 68. Pero mientras la Comuna de París será una página permanente en la historia de los movimientos sociales, la «revolución» del 68 no lo será. Lo significativo de su época habrá que buscarlo en otros terrenos. Sobre todo en el mundo de la interioridad del hombre. El único que podrá hacer que conserve su humanidad. El único capaz de demostrar, como decía Michele Federico Sciacca, que en épocas de grandes angustias individuales o colectivas se puede perder en Austerlitz y se puede vencer en Waterloo.